

tulio mora

POEMAS

Patio

La pileta es toda su nostalgia,
la nostalgia del líquido que corre barboteante
como el tiempo que es ruidoso.
Un pájaro canta al pie del caño,
es un ave negra con el pico agudo y firme.
Geranios y cartuchos se perfilan
detrás de un muro de ladrillos rojos.
Son los elementos construidos antes de mí,
como el empedrado que abusa de una simetría
de mudas tragedias familiares.
Un patio es también la utopía de los ojos
que buscan recobrar la talla del vacío
y donde manos laboriosas de una abuela
arrojan granos a palomas y gallinas.
Cuelgan los vestidos, limpios y olorosos,
reteniendo del sol esa cuota de abrasamiento
con que salimos a las calles a enfrentar
los despropósitos del mundo.

Huayllay

Era un tumulto de manos bajo la lluvia.
Cortaban las uñas y acicalaban el rostro
demacrado y casi lampiño del muerto.
Lavaban su cuerpo amaratado con aguas de lago.
¿Qué hombre no se edifica un perdón excesivo,
en masa, bajo el tañido de una campana de abril?
Una banda musical afligía los cerros,
por los que ascendían, descalzos y arrodillados,
hasta la cima coronada por una cruz.
¿Pero qué hombre no cree que Dios es su dolor?
Por eso limpiaban su cuerpo, redoblando el cuidado
que no tuvieron el sacerdote ni el escultor.
En aquel cuerpo tal vez descubrían
la escritura de otra pasión: llagas,
moretones, una corona de espinas,
la herida abierta bajo la tetilla izquierda,
no representaban sino la certeza
de las profundidades de su silencio.
Más allá, más allá del tiempo y sus sueños
habitaría el dolor verdadero.
Las heridas de la tierra, simples escoriaciones,
como el brillo tintineante de una luciérnaga
nos evoca a una estrella suicida.

Para sepultar a un membrillo

Aquí leía Darío por primera vez
bajo las flores blancas de sus escuálidas ramas
que colaban al sol como las lluvias.
No tenían nidos, ni pájaros, ni perros
que alzarán sus patitas sobre su nudoso tallo.
Solitario como la mano que lo sembró
escogió el rincón que en todo huerto
es la frontera de las pérdidas heredadas.
A sus espaldas no tenía sino adobes
en cuyas rendijas palpitaban las gotas de rocío
sobre brizadas telarañas.
Muñones parecían sus nudos retorcidos,
negros como la ceniza que corría por la acequia,
negros como el muro que atado por los años a
su cuerpo
se interpuso en sus afanes de expansión
para huir de nuestras quejas.
Infructuoso de aguardar tantas confesiones
el viento arrancaba sus hojas afelpadas
que caían sobre mis libros como gritos dolorosos.
Lo recuerdo así -y no como la estaca
coronando los escombros de la huerta-:
derregado hasta besar el polvo, pero vivo
y silencioso escuchando los versos de Darío.